



RESPUESTA A PETER HANAK

Eric HOBBSAWM

Fuera de algunos detalles históricos, Péter Hanák y yo solamente estamos en desacuerdo con respecto a una cuestión sustancial. Estamos de acuerdo en que hay una región en el centro de Europa cuyos pueblos tienen un pasado histórico común como antiguos súbditos del Imperio de los Habsburgo, que no puede ser restaurado pero en retrospectiva parece mejor que todo lo ocurrido desde 1918. Hanák realmente no cuestiona mi argumento de que *Mitteleuropa* o Europa central no es una descripción sino más bien un manifiesto: a favor o en contra de la hegemonía alemana en la región, y a favor o en contra de la hegemonía rusa. Así, el llamado «redescubrimiento» de Europa central en los ochenta (Kundera, Konrad, Havel, Milosz, Kis, Vajda, y otros) ha sido correctamente descrito por Garton Ash como algo que con respecto a la historia mira al pasado hacia Austria-Hungría y al futuro «más allá de Yalta», y políticamente «se aparta de Rusia, orientándose hacia una definición idealizada de “Occidente”». Resumiendo, hay dos proyectos de «Europa central», unidos sólo por su rechazo al «Este»: el de los pueblos que no quieren estar bajo el dominio de Rusia ni de Alemania, y el de aquellos que están dispuestos a aceptar su hegemonía.

De estos proyectos, sólo la «Europa central» alemana tiene visos de ser llevada a la práctica. De hecho, ya está siendo así, aunque la hegemonía económica —y a su debido tiempo, política—, tenga puestas sus miras en una región mucho más amplia que Europa central. Si yo fuera checo preferiría a Kohl al fantasma de Bréznev, pero no me sentiría cómodo al cien por cien. La restauración de los Habsburgo como una Federación danubiana, por mucho que se desee en Liubliana y en Budapest, y quizá también en Praga, no está en candelero. La única perspectiva para cualquiera de los países de Europa central es la Comunidad Europea; Bruselas antes que Viena.

Hanák y yo, sin embargo, diferimos sobre el elemento racista implicado en el concepto de Europa central. A mí me parece bastante incuestionable. Si salimos de los seminarios académicos y escuchamos lo que los eslovenos y los croatas piensan de verdad de los serbios y de los macedonios; si preguntamos si la mayoría de los polacos realmente rehúsa considerar a los ucranianos y a los rusos seres inferiores, así como los alemanes consideran a la mayoría de los polacos, y no pocos húngaros a los pueblos que les quedan al este y al sur, la respuesta causa desasosiego. La convicción de que la pendiente que desciende de la civilización a la barbarie parte del Rin y recorre Europa hacia el este y hacia el sur, está profundamente arraigada en nuestro continente. No causó mucho daño bajo un régimen no nacional y no discriminatorio como el de los Habsburgo. Pero es enormemente peligrosa en una colección de Estados de tamaño pequeño o medio cuya identidad se basa en el nacionalismo étnico y lingüístico.

En cuanto a la cultura centroeuropea, mi objetivo no era negar su existencia en el pasado, ni mucho menos afirmar que «tenía carácter judío por excelencia». La preeminencia de los judíos en tantos ámbitos de la vida cultural vienesa, que no es posible negar, prueba tan poco el carácter judío de sus logros, como la preeminencia desproporcionada de judíos en la vida pública y cultural después de 1869 puede hacernos pensar que Italia tuviera un carácter especialmente semítico en la época liberal. Hay razones por las cuales la escuela vienesa de economía no era judía (Menger, Wieser, Boehm-Barwek, Schumpeter, Hayek) mientras que la mayoría de los economistas húngaros que se hicieron famosos son de origen judío, pero una predisposición étnica favorable o desfavorable a la economía no es una de ellas.

Hay tres cosas que decir acerca de la antigua cultura centroeuropea, y espero haberlas dicho. Primero, que se trataba de un fenómeno de élite y de clase media y alta. Pertenece a los judíos y a los alemanes de Czernovice, pero no a los rutenios ni a los rumanos de la Bukovina, aunque sólo fuera porque la mayoría de ellos eran analfabetos. Segundo, que era la cultura de una región multilingüística y multicultu-

ral, cuya lengua común y modelo de civilización y «desarrollo» era alemán. Era la cultura del búlgaro Elías Canetti, quien dijo —en 1942 (!): «La lengua de mi intelecto seguirá siendo el alemán». Era la cultura de alguien como Ödon von Hórvath:

«Si me preguntas cuál es mi país nativo, respondo: nací en Fiume, crecí en Belgrado, Budapest, Bratislava, Viena y Múnich, y tengo un pasaporte húngaro, pero no tengo patria. Soy una mezcla típica de la vieja Austria-Hungría: soy a la vez magiar, croata, alemán y checo, mi país es Hungría, mi lengua materna, el alemán.»

(Me resulta difícil creer que la mitad de la población judía de Budapest fueran húngaros monolingües, a menos que fueran emigrantes recientes de habla *yiddish* que aún no habían aprendido la *lingua franca* cultural de Europa central, o que fueran mujeres confinadas todavía a la esfera doméstica.)

En tercer lugar, tal como observó von Hórvath, no era nacional. En la medida en que una persona centroeuropea tenía patria, no era centroeuropea, sino checa, magiar, croata, polaca o lo que fuese, y tenía menos contacto con otras culturas lingüísticas regionales que con otras lenguas del mundo más remotas. Los habitantes cultos de Cracovia o Olomuc probablemente leyeron antes a Ibsen y a Oscar Wilde que la poesía escrita por sus vecinos.

Esta cultura ya no existe. Ni existen las condiciones que la hicieron posible y hasta necesaria. El alemán ya no es la *lingua franca* cultural de la región, aunque volverá a tener cierto auge debido al papel hegemónico de Alemania y un cierto retorno al imperialismo cultural. Los judíos ya no están, excepto en Hungría, donde mantuvieron vivos los valores centroeuropeos durante los malos tiempos. El multilingüismo y las comunidades de intermediarios culturales ya no son tan necesarios en Estados que han sido o están siendo reducidos a la homogeneidad lingüística mediante matanzas en masa y transvases masivos de pueblos. ¿Qué ha sido de aquella influencia recíproca y rivalidad entre checos y alemanes en Bohemia y Moravia que (para Palacky) constituía el «significado» de la historia checa? Ya no hay alemanes viviendo en tierras checas. Todo lo que queda de la cultura centroeuropea es una experiencia histórica común, a la vez remota —y con el atractivo de la nostalgia (los Habsburgo)—, y reciente, pero desagradable (la era comunista). Ambas inclinan a aquellos que han pasado por ellas a un cierto escepticismo frente al futuro.

Sin duda existe el recuerdo de un común estilo de vida de clase media (¿Cuántos campesinos austriacos de mi infancia empezaban realmente el día con la clase de desayuno que Hanák evoca con tanto cariño, o se sentaban en mecedoras de Thonet?) Su conservación se debe

al aislamiento impuesto por el comunismo. ¿Cuánto de esto va a sobrevivir a la tardía pero irresistible ofensiva del Big Mac? Viena, donde crecí en los años veinte, ya no es la ciudad de mi infancia; Austria ya no es la tierra del pasado de mi familia, aunque la continuidad de su entorno físico y de su forma de vivir y de comer no haya sido rota. Como dijo un novelista inglés, «El pasado es otro país. Allí hacen las cosas de manera distinta». Aunque físicamente sea el mismo país, con los mismos estancos. Y como sabe ese excelente historiador que es Péter Hanák tan bien como los demás, no se puede volver a él.

Traducción: Mercedes García Lenberg
